

No dejes para mañana...

Recorro su piel sin prisa, saboreando cada palmo, cada lunar, como si fuera el colono de una tierra extraña. Siento el temblor, la emoción de la primera vez, la ternura. Acompaso su cadencia con lentitud hasta alcanzar el clímax, mientras creo escuchar cómo él pronuncia una extraña frase junto a mi oído: “Por favor, ¿me dejas salir?”. Al despertar puedo ver su franca sonrisa, el gesto afable del muchacho pelirrojo que a menudo se sienta a mi lado en el N2, el bus nocturno que va de la plaza de Cibeles a Valdebebas. Aparto mis piernas con cuidado para dejarle pasar, ruborizada, muerta de vergüenza por el hecho de haber soñado con el muchacho justo a su lado. Y para colmo, me he pasado de parada, por lo que tengo que bajarme y esperar al “búho” de vuelta para retroceder hasta López de Hoyos.

“Mañana me lanzo y hablo con él”, me prometí de nuevo, pero resulta que nunca más lo volvería a ver.